... Bueno, esta vez hoy vamos a terminar este largo curso que han seguido ustedes con una paciencia que no puedo menos de admirar tanto como agradecer y como ustedes saben, la última lección tiene el título La felicidad y el horizonte de la mortalidad En un curso de antropología como el que estamos haciendo un curso de antropología planteado desde un punto de vista estrictamente humano es decir, biográfico no se pueden escamotear las dos cuestiones máximas

Verán ustedes como es muy frecuente que las cuestiones máximas se escamoteen. En definitiva, tienen demasiadas dificultades, tienen demasiada complejidad y muchas veces se disuelven, se plantean otras cuestiones secundarias, o bien, esta es una gran tentación de los filósofos y de los que no son filósofos, se aplazan. De esto hay que hablar, de esto tenemos que hablar, esto requiere ser tratado, pero el tiempo se pasa y a veces se pasa la vida del autor que nunca llega a tratar los temas más graves. Naturalmente hay muchas cuestiones que no tienen solución suficiente o que son demasiado arriesgadas, pero creo que el intelectual tiene la obligación de tratarlas. De plantearlas lo mejor posible, entendiendo que simplemente...

plantear una cuestión es la mitad de la solución. Cuando una cuestión se plantea de una manera adecuada, aunque quede simplemente planteada, se ha esclarecido considerablemente. Vamos a intentar plantear estas dos graves, estas dos capitales cuestiones sin tener en cuenta las cuales todo estudio antropológico es radicalmente deficiente. La felicidad por una parte, el hombre busca necesariamente la felicidad, por otra parte el horizonte inexorable de toda vida es la mortalidad. Son dos cuestiones que el intelectual, el filósofo, el antropólogo podrá plantear o no. El hombre las plantea. Más aún, la vida consiste en la felicidad.

en enfrentarse con las dos. Y naturalmente, un tratamiento científico, un tratamiento filosófico de la vida humana obliga a buscar su lugar teórico hasta donde sea posible. El hombre pretende ser feliz. No solamente pretende ser feliz, sino que toda pretensión, en definitiva, es pretensión de felicidad. Todo lo que el hombre hace, lo hace para ser feliz. Es, por tanto, la felicidad algo inseparable de la pretensión humana como tal. En definitiva, no es distinta. Verán ustedes el alcance metafísico que esto tiene, si lo tomamos realmente en serio. Al mismo tiempo...

resulta que tiene que morir. Resulta. También veremos qué alcance tiene ese resulta. Pero el hecho es que por mucho que se aplaste, por mucho que se disimule, por mucho que se trate de olvidar, el hombre tiene que morir. Esta es, por tanto, la doble cuestión. El hombre tiene que ser feliz, y veremos que en definitiva no puede serlo, y tiene que morir. Si ustedes ponen juntas estas dos cuestiones, que se suelen tratar separadamente, se encuentran ustedes con el núcleo más grave y más dramático de toda visión antropológica. Recuerdan ustedes que he insistido muy largamente en el curso en la menesterosidad de la vida humana. El hombre es indigente. El hombre...

lejos de ser sustantivo, lejos de ser suficiente, lejos de bastarse a sí mismo, es radicalmente menesteroso, indigente. Necesita lo que le falta, pero lo que es más grave, necesita lo que tiene. Esto es capital y esto lo diferencia de las necesidades, por ejemplo, biológicas, una necesidad animal. Es decir, el hombre necesita, como organismo, necesita alimento, pero cuando está alimentado no necesita alimento. Las necesidades humanas no.

Yo necesito lo que me falta y lo que tengo. Es decir, lo que tengo lo sigo necesitando. La función de necesitar es absolutamente constante. Necesito eso, lo que me falta y lo que tengo, para ser yo mismo. Es decir, para mi propia realidad. No es que me falte para algo. No es que me falte para un propósito o proyecto ajeno a mí.

falta para mi propia realidad. Y naturalmente esa necesidad es doble, es necesidad de cosas en el sentido más lato de la palabra y es necesidad de personas, es aliedad y es alteridad al mismo tiempo. Con esto, como ven ustedes, el hombre suficiente, el hombre que tiene la pretensión de ser suficiente, lo que hace es construir el vacío de sí mismo. El hombre suficiente a última hora es el que hace su propio hueco, su propio vacío. Y nos encontramos, el último día hablamos largamente de ello, conviene por lo menos recordarlo para tenerlo presente, que la necesidad del azahar, expresión aparentemente paradójica pero cuyo sentido está claro en yaparú. Para ustedes es la forma de la vida como una trayectoria circunstancial.

Y esto, justamente, la necesidad del azar es lo que hace posible la forma suprema de la vida, el destino personal. No el destino como fatum, impersonal. El destino personal, es decir, libremente aceptado, aunque no elegido, cuando yo elijo que sea mi destino. Yo elijo que sea mi destino, pero no elijo su contenido. El contenido no es elegido. Elijo, justamente, que sea mi destino. Y esto es, precisamente, lo que llamamos, con pleno rigor, vocación. Pues bien, la realidad, la realidad de la vocación, la plenitud de la vocación, eso es la felicidad. Eso es, justamente, la felicidad. Gracias.

La vida humana tiene tonalidad. La vida consiste en encontrarse, recuerden ustedes el concepto de instalación largamente examinado en este curso, pero es encontrarse bien o mal. Ahora bien, este encontrarse bien o mal se puede entender de muchas maneras. Se puede entender de un modo psíquico. Eso se llama la anestesia. Se puede entender referido a algunos detalles o algunos aspectos. Se habla de bienestar, que a veces se identifica con la holgura económica. Ahora bien, cuando ese sentirse bien o sentirse mal, afecta no a los contenidos particulares de la vida o no a la vida psíquica, no a las vivencias, sino... afecta.

a la vida misma, a la vida en su mismidad, entonces se trata de felicidad. La felicidad es justamente aquello, aquel estar, sentirse bien o mal, negativamente, la infelicidad, que afecta a la vida misma. No digamos a la vida entera. Ah, esto es muy expuesto, porque nunca se sabe. Es esencial a la vida el que nunca se sabe. Por esto, los griegos nunca decían de nadie que era feliz, hasta que había muerto. Nunca se sabe. El hombre más feliz no sabe lo que le espera. Y por tanto, no se puede predicar la felicidad de nadie en su mismo. Mientras está vivo. Esta es una visión griega enorme.

Es una pregunta enormemente profunda. No dar por supuesta la felicidad porque no lo está. Como ven ustedes, esto quiere decir que la inseguridad se aloja hasta en los últimos intersticios de la vida humana. No se puede confundir tampoco la felicidad con el placer. Aristóteles, por ejemplo, insistía en que no se puede aplicar la palabra felicidad al animal, ni siquiera propiamente al niño. El placer afecta al momento. El placer afecta a un cierto momento y el placer quiere eternizar el momento placentero. La felicidad no, pero no tanto porque afecte a la duración. Ya hemos visto que a última hora esto es inseguro y por consiguiente nunca se sentiría uno, nunca se podría decir que nadie es feliz hasta terminar.

podría decir soy feliz, lo podrían decir los otros, has sido feliz. Lo característico es que la felicidad afecta primariamente a la futurición. Es decir, soy feliz, si lo dijéramos mejor diríamos estoy siendo feliz. Y más propiamente hablando, voy a ser feliz. La felicidad afecta primariamente al futuro. Ustedes imaginen que ustedes lo estuvieran pasando muy mal. Supongan ustedes que tuvieran ustedes ahora un fuerte dolor de muelas. Están ustedes muy mal. Pero ustedes piensen que ustedes supieran que mañana, mañana iban a ser muy felices. Estarían ustedes encantados.

con su dolor de muelas. Porque lo importante es que mañana iban a ser ustedes muy felices. En cambio, ustedes piensen en la persona que va a entrar en la infelicidad. No está en ella todavía. Hay un pasaje maravilloso, literariamente conmovedor, como análisis de la vida humana. Un pasaje de Azorín, en su mejor novela, Doña Inés. En que hay ese momento en que todavía no pasa nada, no ha pasado nada, Doña Inés, que está esperando en el piso del Madrid Romántico en 1840, llega una carta. No la ha abierto todavía. No sabe lo que la carta dice. Pero tiene la impresión, la anticipación de que va a entrar en la infelicidad. En la infelicidad. Piensen ustedes en la persona que está esperando un análisis.

médico un diagnóstico de sí mismo de una persona querida no sabe todavía no pasa nada pero tal vez va a entrar ya en la infelicidad como ven ustedes afecta primariamente al futuro ser felices ir a ser feliz fundamentalmente o a la inversa el hombre por tanto necesita ser feliz y no puede serlo no puede serlo por una razón elemental y es que la vida humana tiene muy diversas posibles trayectorias y aun suponiendo que yo en cada instante elija lo mejor lo que prefiero y aun suponiendo que la circunstancia me permita realizarlo no puede serlo

Hay otras posibilidades, hay otros caminos que yo hubiera querido seguir y no puedo seguir. ¿Por qué? Porque he seguido el que prefiero. Ah, lo prefiero. Si yo estoy en este momento en Madrid, yo estoy en Madrid porque quiero estar en Madrid y es la ciudad en que prefiero estar. Esto no quiere decir que yo no quiera estar en Roma, o en París, o en Nueva York. Quiero estar también en esas ciudades. La estoy echando de menos. Si yo sigo una profesión, si yo elijo una profesión para la cual tengo vocación, quiere decir que no quisiera seguir otra. Si estoy con un amigo, quiere decir que no estoy echando de menos a otro. Como ven ustedes, por razones absolutamente intrínsecas, la felicidad es imposible en este mundo. Porque yo no me reduzco a una trayectoria. Recuerden ustedes cómo he insistido mucho en que la vida humana, no tiene una trayectoria, sino muchas. Ahí la ramificación.

que se van dejando a la derecha izquierda, que no se siguen, que no se realizan. Esta es la cuestión. La pretensión, les decía a ustedes, es una pretensión de felicidad y en cierta proporción, al menos, es siempre frustrada. Hay un coeficiente de logro o de fracaso que va cambiando desde una gran aproximación al logro hasta el fracaso casi total. Nunca es total tampoco. Si ustedes comparan la felicidad pretendida y la felicidad lograda con una fracción, la felicidad lograda sería el numerador, la pretendida sería el denominador. El hombre se siente, hace un balance y se siente por encima o por debajo. Normalmente muy por debajo de la unidad, el denominador suele ser mayor que el numerador.

pero este sentirse el hombre más o menos logrado en su felicidad no quiere decir forzosamente que tenga una felicidad mayor o menor. Depende de la pretensión. Ustedes

imaginen un hombre que tiene una mínima pretensión, una modestísima pretensión de felicidad. A lo mejor alcanza muy poca felicidad, pero le parece muy bien. El denominador es tan pequeño que aun siendo pequeño el numerador, el valor puede ser la unidad o más. Ustedes imaginen un hombre que tenga una enorme pretensión de felicidad. Aunque consiga mucha felicidad, se siente muy por debajo de su pretensión. El numerador es mucho más pequeño que el enorme denominador y por consiguiente la fracción vale mucho menos de uno. Esto ocurre con los individuos, esto ocurre con las épocas o con los países. Hay países. Hay países que tienen pretensiones de felicidad tan modestas.

que son bastante felices, pero que poco felices. Al mismo tiempo, cuando un país o una época tiene una gran pretensión de felicidad, a veces alcanza gran felicidad y se siente muy infeliz. Piense usted en el hombre romántico. Los románticos yo creo que han sido de los hombres y mujeres, claro, más felices de la historia. Pero tenían tal pretensión de felicidad que se sentían muy desgraciados y la gozaban con ello de paso. Bueno, sería interesante un eudomeniómetro. Alguna medida para la felicidad no existirá de eso. Sería interesante. Tengo la impresión de que la pretensión de felicidad en el mundo actual es baja. Dirán ustedes, ¿y eso que se llama the rising expectations? Ah, sí, es otra cosa. La gente tiene expectativas y demandas muy grandes de cosas.

Todo el mundo quiere muchas cosas, quiere dinero, quiere aparatos, quiere recursos, quiere alimentos, quiere todo eso. Creo que respecto a la felicidad la pretensión es muy moderada. Por eso hay muchos países que parecen bastante contentos y que son quizá aterradoramente poco felices. Es una cuestión delicada que sería apasionante investigar. Habría que, naturalmente, encontrar métodos adecuados, métodos de finura que no existe actualmente en nuestra época. Cuantitativa, que todo se resuelve con estadísticas, no es nada fácil. Ustedes piensen, a propósito de la tendencia cuantitativa, ustedes piensen que cuando se habla de una mujer hermosa, por ejemplo, cuando hay un concurso de belleza, se dan tres cifras. Ustedes piensen.

Lo que ha costado tantos en decasílabos a los poetas, que es explicar la belleza de una mujer, que se puede dar en tres cifras. Es increíble, ¿verdad? Bueno, pues con la felicidad ocurre algo muy parecido. Y tal vez por eso la felicidad está baja, porque se considera que la belleza de una mujer se puede dar en tres cifras. Tres cifras que dan tan poca felicidad. Podríamos decir, Ortega decía, que en su cuenca total toda vida es feliz. Es decir, que globalmente toda vida es feliz. En definitiva, la pretensión del hombre se realiza. Se realiza en conjunto. Se realiza en conjunto en cada época.

pretensiones de cada época son en gran proporción realizables. Es sumamente curioso el que ahora se ha deslizado en la mente de los hombres una idea insidiosa, injustificada y atroz, que es la queja permanente. Ustedes piensen que el hombre considera, si ustedes leen un periódico, por ejemplo, que son muy fieles reflejo de esta actitud, ustedes ven que un periódico es una queja permanente, todo está mal, todo son problemas, son cuestiones, son conflictos. Todas las situaciones son de injusticia. Parece monstruoso que los hombres no tengan todos un par de coches y un vídeo y yo qué sé, y lo equivalente. Bueno, pero hace muy poco tiempo nadie lo tenía. Absolutamente nadie, porque no lo había. No, no, no.

Lo cual, evidentemente, en principio no impedía a los hombres ser felices, en la medida en que lo podían ser. Se da, por supuesto, que si no hay un nivel de vida de tantos miles de

dólares per cápita, como se dice con muy mal latín, sería per caput, porque es por cabeza y no por cabezas. Es por cabeza, es cada una, pero en fin, se dice per cápita, digámoslo. Entonces es una situación lamentable, pero evidentemente, ¿qué sentido tiene el planteamiento de este? Hay una realidad, hay un mundo, hay una riqueza no muy grande que se crea mediante el trabajo inteligente y la cooperación. Pero se considera que es una situación de queja el no tener el nivel más alto, el nivel que han alcanzado algunos países a fuerza de muchos siglos de trabajo inteligente. Hace poco veía yo una cosa en la televisión.

la televisión en la cual aparecía un país en el cual da la impresión de que desde hace muchos años el instrumento de trabajo principal es la metralleta y se ejerce activamente y parece que el país entero está ocupado en disparar metralletas unos contra otros. No parece probable que este país tenga gran bienestar económico, no me parece probable, ni gran felicidad. Pero si un país decide dedicarse al uso de la metralleta, y esto se está generalizando, entonces, ¿a quién quejarse? Es que será posible tener un alto nivel de vida o tener una gran cultura o tener, no sé, muchos buenos poetas líricos o muchos poetas pintores, muchos pintores y poetas y filósofos, realmente no se pinta con metralleta, ni se componen sonetos con metralleta, ni se fabrican. ni se fabrican tejidos, ni se fabrican automóviles.

ven ustedes que se ha producido una especie de desprestigio de la realidad positiva antes se pensaba que el mundo es hermoso la verdad es que yo lo sigo encontrando pero ahora no encuentran el mundo hermoso más que las agencias de turismo esas sí, esas venden el mundo diciendo que es hermoso bendita sea, en definitiva será por una razón lucrativa, pero al fin y al cabo, ustedes no encontrarán nunca que nadie que se estime, diga que el mundo es hermoso parece que ha dejado de serlo yo creo que no la gente se extasiaba cuando descubría los paisajes exóticos estaban llenos de serpientes y de mosquitos y de pirañas y de tal pero eran hermosísimos, efectivamente bueno, ahora la gente parece que no

No hay más que pirañas y mosquitos, que al fin y al cabo hay menos, porque hay DDT y yo qué sé. Pero nadie ve la belleza, de eso no habla nadie. Hagan ustedes el experimento de leer un periódico o varios días, a ver si ustedes encuentran algo en que se diga que algo es hermoso. Creo que se pueden pasar meses sin encontrarlo. Y esto se va decantando en las almas. Esto es evidente. Se va produciendo una especie de pozo de un mundo de plañideras. Cuando uno se pone a leer algo, da ganas de sacar el pañuelo previamente. Pero conste, ah, conste con la misma energía, que la felicidad es imposible. Es decir, que la vida mejor de las posibles no es feliz. Entonces, ¿qué quiere decir esto? Que la vida mejor de las posibles no es feliz.

Pues quiere decir que conviene no hacer trampa. El hombre tiene pretensión inexcusable, irrenunciable de felicidad. Todo lo que el hombre hace, lo hace para ser feliz. Y sin embargo no puede ser feliz. ¿Cuál es la consecuencia? El descontento. El descontento. Que es la condición de la vida humana. Pero conviene no quedarse nunca. El pensamiento filosófico es muy fatigoso porque no se detiene nunca. Hay que seguir. ¿Qué quiere decir que la condición de la vida humana es el descontento? Pues quiere decir que la vida se mueve en el elemento del contento. Esta copa no está descontenta. Y esta mesa no está descontenta. Y yo creo que la vida humana es el descontento. Yo estoy descontento. Lo cual quiere decir que me pertenece el contento.

Y me muevo en el elemento del contento, que es previo el contento al descontento. El descontento es la privación del contento. Por tanto, el contento es previo. El descontento es la condición de la vida humana porque ésta no es perfecta, porque ésta es parcialmente infeliz, pero a la vida humana le pertenece el contento. Por eso digo que su vocación es rigurosamente la felicidad. Lo mismo cuando se dice el absurdo. Ustedes saben que Camus, por el cual yo tenía gran admiración, Camus decía que la realidad de la condición humana es el absurdo. No. ¿Qué quiere decir absurdo? Absurdo quiere decir que no tiene sentido, que no tiene buen sentido. Lo cual es el absurdo. Lo cual significa que a la vida humana le pertenece el sentido. Y cuando no lo tiene, o ese sentido no es bueno, digo que es absurdo.

pero es previo el sentido. Sin sentido no habría absurdo, como sin verdad no habría falsedad. La falsedad es la privación de la verdad. Pero el que el hombre esté lleno de falsedades y de errores quiere decir que su elemento es la verdad, que la vida humana está hecha de verdad y se mueve en el elemento de la verdad. La felicidad, les decía a ustedes, es primariamente una instalación, no es propiamente un estado. Es decir, yo me siento en la felicidad. Ahora bien, como la vida al mismo tiempo es inestabilidad, a la felicidad humana le pertenece la inquietud.

Y además la vida es plurilateral, es meausaitis, como decía Dilltey. Tiene muchas caras, tiene muchos lados. La felicidad no se refiere a las caras o lados, se refiere, les decía a ustedes antes, a la vida misma. Es decir, que se puede ser feliz en medio de considerables sufrimientos. Le puede a uno ir muy mal en la vida y ser muy feliz. Y puede uno ser profundamente infeliz en el bienestar o entre placeres. Dirán ustedes, sí. Los sufrimientos son demasiado grandes, pueden hacer imposible la felicidad. Sí. Esto lo decía Dilltey.

Aristóteles, que tenía buen sentido, decía que no era fácil ser feliz entre las fauces de un león. Cuando los estoicos decían que la felicidad consistía en vivir según la naturaleza catafusin y que, por tanto, el estoico llevaba en sí mismo la felicidad, etc. Esto es un poco exagerado, ¿no? Aristóteles decía que no es fácil ser feliz en las fauces de un león. Creo que tiene razón, nunca está en las fauces de un león, pero pienso que la felicidad no es fácilmente conservable en esa situación. Pero en medio de sufrimientos considerables se puede ser feliz y se puede ser radicalmente infeliz en el bienestar e incluso con placeres. ¿De qué se trata entonces? ¿Cuál es el contenido de la felicidad? Yo creo que es aquello a lo que se le dice sí. Aquello que sentimos cuando nos sentimos como nuestra inexorable realidad.

realidad. Naturalmente hace falta algo más, hace falta una respuesta positiva de la circunstancia. Cuando yo a la circunstancia le digo sí y me identifico con ella de un modo o de otro, soy feliz si la circunstancia responde, aproximadamente. Entonces, el vector resultante, es decir, nuestra vocación personal, no la vocación particular, la vocación profesional, sino la vocación personal, la vocación de ser cada uno quien es, quien pretende ser, alcanza su blanco. Y entonces la felicidad... acontece. El tiempo entonces se remansa y al mismo tiempo sigue fluyendo.

¿Ustedes saben qué es lo que pasa en un remanso? En un remanso, en un río, el agua se aquieta, está transparente, parece quieta, pero sigue fluyendo. Por eso, cuando se tiene

felicidad, se siente como un regusto de eternidad en el tiempo, en el tiempo que sigue emanando, que sigue fluyendo. Ahora bien, la estructura de la realidad condiciona naturalmente lo que es la felicidad, su forma, su contenido. La felicidad tiene también estructura dramática, como la vida misma. Y aparecen esos conceptos que hemos estudiado en general, de disyunción, de emergencia, de fracasos, de fugacidad, de duración, de futurición. Todos estos atributos de la vida humana aparecen también como atributos.

de la felicidad tiene por tanto un carácter argumental no es un estado una instalación vectorial programática y esto nos lleva a una cuestión fundamental que el hombre rara vez se hace esta pregunta qué pretendemos de las cosas y qué pretendemos sobre todo de las personas qué pretendemos de una fruta comernosla tal vez no sé o pintarla no sé yo si Cézanne comía muchas manzanas a lo mejor no le gustaban pero las pintaba tal vez lo que pretendía Cézanne de una manzana era pintarla otros comerciantes

pretendemos tal vez del agua beberla o nadar en ella de un libro pretendemos leerlo muchos simplemente coleccionarlo yo he conocido un bibliófilo que amaba los libros increíblemente que tenía entusiasmo por ellos y creo que gozaba con ellos de modo extraordinario es muy posible que no hubiera leído ninguno por lo menos muy pocos es otra pretensión legítima también, no es la mía pero sobre todo, ¿qué pretendemos de las personas? ¿qué pretendemos de cada persona? sobre esto, curiosamente, no tenemos la menor idea en general y en términos teóricos hay una total oscuridad sobre la cuestión pero si vamos a nuestra vida con creencia con creencia en nuestra vida

personal se han formalizado ustedes alguna vez se han preguntado ustedes alguna vez en serio y de manera ejecutiva que pretenden ustedes de cada persona de su contorno naturalmente ahí está la clave la primera clave de todo trato humano y por supuesto de la felicidad en la medida que depende de las personas la rígida vez se plantea nadie la cuestión de qué pretendo de las personas o hay pretensiones abstractas que pretendo concretamente de cada persona adviertan ustedes para salir al paso de una pretensión que se supone que se tiene se habla de posesión que una persona no se puede poseer esto no tiene ningún sentido el que intenta poseer una persona

se cosifica a sí mismo, porque la trata como cosa. No se puede poseer más que cosas. A una persona no se puede poseer. Hay en español una expresión preciosa, el español está lleno de palabras y de giros absolutamente admirables, que a mí me gusta ir sacando del fondo, recordando a mis compatriotas. Por ejemplo, se dice de un hombre, ah, ese señor está metalizado. Esa palabra preciosa, descriptiva, pero de un acierto. El hombre que no piensa más que en el dinero, ¿está metalizado? Claro que sí, acaba por ser metal. Ahora es peor, porque ni siquiera es metal, está empapelado. Todavía la avaricia yo la comprendo cuando había monedas de oro. Yo comprendo que un cofre lleno... de onzas peluconas, pues sí, realmente tiene algún atractivo, y se le puede meter las manos y suena bien, no sé.

todavía pero realmente títulos de la deuda o no sé un cero más en las cuentas corrientes no parece una cosa muy tentadora pero el hombre el hombre metalizado es el hombre que se ha convertido él en metal ya no es persona todo intento, toda persona volcada, vertida hacia la posesión se cosifica al tratar a las personas como algo que se puede poseer, él se convierte en una realidad del mismo tipo piensen hay un fenómeno aterrador que es la

tremenda pobreza de las lenguas de todas las lenguas que yo conozco para decir, para nombrar todos los sentimientos que una persona puede tener por otra todas las relaciones que una persona puede tener con otra

Ustedes piensen, por ejemplo, el vocabulario de los oficios, que es riquísimo. El vocabulario del carpintero, del cerrajero, del tejedor. Son inmensos. Del pescador, del ganadero. Un ganadero tiene una cantidad de palabras para designar a sus reyes en cada fase de su vida, en cada situación. ¿Qué podemos decir de una persona respecto de otra? Podemos hablar de amor, cariño, afecto, ternura, simpatía y otras tantas negativas, más o menos. Ustedes imaginan. Es como pasar una apisonadora por encima. Es laminar la inmensa posible fauna. Personal y sentimental y reducirla.

a media docena de palabras que naturalmente ejercen una deformación sobre la realidad porque pensamos nuestras propias realidades nuestros sentimientos haciéndolos entrar en la casilla de las palabras es de un empobrecimiento aterrador y eso es uno de los casos de la posesión no hay posesión la única manera de relación estrictamente personal supone la efusión si hay posesión tiene que ser una posesión efusiva sin efusión no se puede poseer como sin dientes no se puede morder no se puede morder

Yo no puedo hacer una persona mía más que si me he hecho suyo, efusivamente. Permítanme ustedes leer cuatro o cinco líneas que escribí en la Antropología Metafísica. No puedo decir más brevemente lo que dije allí. Al decirle sí a esa realidad y recibir su respuesta, siento que se supera su condición azarosa, precisamente porque me es absolutamente necesaria. Y esa necesidad viene de que en ese azar me erijo a mí mismo y llego plenamente a ser. De ahí la complacencia que sobreviene. Y que es el halo sentimental de esa relación metafísica que llamamos amor. En ese sí.

incondicional, absoluto, libre e inexorable, efusivo y por ello posesivo, hecho de donación, gozoso e indiferente a cualquier dolor secundario, toda afirmación y complacencia consiste en la felicidad. Esto por lo que se refiere a la felicidad y la muerte. Hemos visto que la vida tiene una estructura futuriza, es decir, la vida lleva de presente en presente hasta la muerte. Recuerden ustedes que las dos formas de vida son las mismas. Dos preguntas capitales de la antropología, dos preguntas que a diferencia de las de Kant.

No son cuatro, no son más que dos. Pero a diferencia de las de Kant, ¿no se pueden reducir a una? ¿Recuerdan ustedes que Kant las reducía a qué es el hombre? Estas dos preguntas que son irreductibles, que son recíprocamente irreductibles, son ¿quién soy yo? ¿Qué será de mí? ¿Recuerdan ustedes cómo decía que en la medida que se contesta a una, la otra queda sin respuesta? Pasa como con el corbusculo y la onda, el principio de indeterminación. Si yo sé quién soy, entonces soy algo futurizo, algo que se está haciendo, algo dramático, algo vulnerable, inseguro. No sé qué será de mí. Y si tengo seguridad, si sé qué será de mí, es porque he perdido esa condición, es porque me he cosificado, es porque me he rodeado de esa corteza. ¿Se cuenta de qué hablábamos una vez?

No sé quién soy, porque tiendo a ser un qué y no un quién. Lo grave del caso es que yo necesito las dos cosas. Yo necesito cierta seguridad, yo necesito saber qué será de mí. Pero necesito saber quién soy yo. Justamente, esta es la condición dramática de la vida humana. Ahora bien, si a la segunda pregunta, qué será de mí, tengo que contestar nada o

nadie. Esto anula la primera. ¿Quién soy yo? Pues nada o nadie. Es decir, nada importa verdaderamente porque todo es verdad. Todo dejará de importar algún día, luego nada vale la pena.

La conclusión es insoslayable. La muerte hace de la felicidad un engaño. Ni más ni menos. Un engaño. Ahora bien, la muerte pertenece a la estructura de la vida. Es una realidad radicada en la vida. Yo en la vida encuentro la muerte. La encuentro, aunque consista en su destrucción. Ahora bien, creo que hay que buscar el lugar de la muerte en una antropología. Es fundamental preguntarse cuál es el lugar de la muerte en el horizonte de la vida humana. Decimos que el hombre es mortal. Pero mortal puede querer decir dos cosas distintas. Que se puede morir, que es mortalis, o que tiene que morir, que es moriturus. Una cosa es ser mortal.

Ser mortalis y otra cosa es ser morituros. O el riesgo de morir, bien, todavía. El hombre es mortal. ¿Qué es lo que dice el hombre? ¿Puede morir? Efectivamente, sí, podemos morir todos, en cualquier momento. Sí, lo grave no es eso. Lo grave es que somos morituri, es que tenemos que morir. ¿Cómo lo sabemos? ¿Cómo lo sabemos? Esta pregunta tampoco suele hacerse. ¿Cómo sabemos que tenemos que morir? ¿O dirán ustedes por experiencia? No. Por experiencia no. Ustedes saben que la experiencia, la experiencia, la inducción completa, que es la única segura, requiere la totalidad de los casos. Ahora, si yo digo, por ejemplo, los días de la semana son lúdicos. Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo. Cada uno de esos días tiene...

24 horas, luego los días de la semana tiene 24 horas así pero la intuición incompleta me permite un conocimiento de probabilidad nada más que de probabilidad mayor o menor, tal vez muy grande pero nunca de plena certeza ahora bien eso de que los hombres mueren y que lo hagamos por experiencia no es cierto porque hay 4.000 millones aproximadamente de excepciones los que estamos vivos dirán ustedes, si pero nos vamos a morir si, si, yo lo creo pero no lo sé por experiencia lo sé por otras fuentes, no por experiencia por experiencia yo vería que muchos, muchos hombres han muerto hasta ahora y por tanto tendría gran sospecha

evidentemente sospecha de que nos va a pasar lo mismo. Pero tendríamos alguna esperanza, ¿no? ¿Tienen ustedes alguna? Yo desde luego no. Luego, la fuente de ese conocimiento no es la experiencia. En los griegos y los latinos, para decir de alguien que había muerto, los griegos decían bebiotai, los latinos decían vixit, es decir, ha vivido. Era la forma de decir que alguien ha muerto. No decía ha muerto, sino ha vivido. En pretérito. Fórmula excelente también. La cuestión es la siguiente, la muerte hay que alojarla dentro de la biografía. Porque si no salimos, consideramos la muerte como algo externo, como algo ajeno a la vida, como un fenómeno físico o un fenómeno biológico. Pero no se trata de esto.

La vida tiene una estructura, hay primeros planos, hay planos intermedios, hay últimos planos. Si ustedes consideran la trayectoria biográfica del hombre, encuentran ustedes que tiene una serie de edades. Y hay una edad que es la última. No es la cursinería insoportable de la tercera edad. No, hay una edad que es la última. No es tercera o quinta, depende de cómo se divide y cómo se cuenta. No, no, no, estos son eufemismos. Hay una edad a la cual solemos llamar, o solíamos llamar, cuando no éramos tan cursis, vejez. Y es la última.

Es una edad que tiene como particularidad que detrás de ella no hay otra. Simplemente. Es decir, el hombre, por la estructura empírica,

...desemboca necesariamente en la muerte. Esta es la razón por la cual sabemos que somos morituri. Que la vida tiene una estructura sucesiva de edades y hay una que es la última. Simplemente. Ahora bien, adviertan ustedes este fenómeno interesante que es que la muerte, que es segura... ...que es tan segura, al mismo tiempo es irreal. Tiene una extraña irrealidad. Estamos aquí, sabemos todos que vamos a morir, sí. Pero eso no tiene realidad. No por ahora. No por ahora. Cuando sea. Mors kerta, ora in kerta. La muerte es la muerte.

muerte segura, la hora es incierta, decían los latinos. Y mientras estamos vivos la muerte es enteramente irreal y el hombre vive partiendo de la irrealidad de la muerte. Pero hay una cuestión que me parece muy importante y es la siguiente. Si consideramos el hombre, el hombre, es decir, lo que llamamos la estructura empírica de la vida humana, tema de la antropología, encontramos que es una estructura cerrada que termina en la muerte. Supongan ustedes que ahora me pongo en otra perspectiva. No hablo del hombre, hablo de mi vida, mi vida biográfica. Mi vida es futuriza, mi vida es proyectiva. Es anticipación de sí misma. Mi vida consiste en mis proyectos.

Yo ahora proyecto, estoy proyectando y sigo proyectando y voy a seguir proyectando. Y no hay ninguna razón para que deje de proyectar. Mientras el hombre, el hombre es una estructura cerrada que desemboca la muerte, mi vida es una estructura abierta, futuriza, que postula la vida. Y no hay ninguna razón para que deje de proyectar.

Por razones muy graves. Lo que tiene de más absurdo, de más atroz, la pena de muerte, es que en ella se condena a alguien no sabemos a qué. Si supiéramos qué es la muerte, todo estaría claro a lo que se condena al condenado a muerte. Pero como no está claro, no sabemos a qué lo condenamos. Lo mismo diríamos de cualquier forma de matar, naturalmente. ¿Qué mata a alguien? ¿Un navajazo o el terrorista? Si no sabemos bien qué es morir, no sabemos bien qué es lo que le hacemos a esa persona, a la cual le hacemos morir. Hay una forma analógica de la muerte ajena.

¿Qué es la ausencia? Cuando alguien se va, es algo análogo a la muerte. Es la muerte ajena. Hay algo también análogo de la muerte propia, los poetas lo han visto hace muchos siglos, que es el sueño. Ahí tienen ustedes dos analogías, ausencia para la muerte ajena, sueño para la muerte propia, que nos pueden ayudar a entender. Pero ¿qué pasa? ¿Qué pasa con el sueño? El cuerpo pierde su transparencia. Se vuelve opaco. Imaginen ustedes el grado máximo e irreversible de la muerte. La muerte sería la radical opacidad del cuerpo. Recuerden ustedes que el cuerpo es transparente, a través de él estoy con el mundo, me comunico con el mundo, actúo en él.

sería la pérdida de toda circunstancia. Por tanto, el primer sentido radical de la muerte sería la soledad. Y naturalmente, al perderse la instalación corpórea, en eso consiste la muerte por lo pronto, piensen ustedes en la destrucción del cuerpo, de sus funciones, primero, tal vez la destrucción íntegra, significa, como es natural, la pérdida de la mundanidad, puesto que yo estoy en el mundo corpóreamente, como hemos visto con mucho detalle. Ahora bien, si queremos pensar desde un punto de vista humano, propiamente biográfico, la

muerte, tenemos que recordar lo que decíamos del nacimiento. ¿Recuerdan ustedes que decíamos, el nacimiento de la persona es creación?

Es decir, la persona es criatura, es creatura, es innovación radical de realidad. Cuando nace un niño es un tercero irreductible, absolutamente irreductible al padre y a la madre y al mundo y a Dios, a todo. Es una absoluta posición de realidad. Yo, esa innovación, esa radical innovación, contingente, pero innovación, eso que se llama creación. Paralelamente, debe corresponder a la muerte el mismo carácter personal. Quiero decir que la muerte biológica, la muerte orgánica, o evidentemente reducida, es igual que la muerte de un animal, o la muerte de un vegetal, o la destrucción de un objeto físico.

etcétera sí, sí, pero eso no es mi muerte es evidente que el organismo la realidad psicofísica del que nace es reductible naturalmente a su padre y a su madre y a sus abuelos y al oxígeno y el hidrógeno y el nitrógeno y el calcio y el hierro y el manganeso y el carbono claro, es reductible a todo eso así, pero yo no lo que es el que nace, sí, pero quien es no, es absolutamente irreductible digo lo mismo en la muerte el proceso biológico o el proceso físico-químico o eléctrico que llamamos muerte, oh sí, es muy importante claro que sí, ahora no es mi muerte lo mismo que encontramos el carácter de criatura, el carácter estrictamente personal, de quien en el nacimiento tenemos que pensarlo en la muerte, no disolver la muerte justamente en un proceso biológico, bioquímico Virgen, y a los niños todos los niños son lifeles y por eso se las Confirman ¿ Demo si yo��

La persona humana, escribía yo en ese libro citado, aparece como criatura, de realidad recibida, pero nueva e irreductible, menesterosa e indigente, consignada a una estructura empírica cerrada, evocada a la mortalidad, pero consistente en espera incesante, un proyecto perdurable que lucha con la muerte. Lo que yo soy es mortal, pero quien yo soy consiste en pretender ser inmortal, y no puede imaginarse como no siéndolo, porque mi vida es la realidad radical. Creo que esta es la situación.

quiere hacer trampa el hombre nos remite a la muerte la vida humana nos remite a la perduración ahora bien cuál es el problema el hombre es el conjunto de las estructuras empíricas de la vida humana esas estructuras empíricas de la vida humana se destruyen evidentemente el problema es si es posible la vida humana con otra estructura empírica eso es justamente lo que hablamos cuando hablamos del otro mundo etcétera del cuerpo glorioso detrás es posible sí porque no posible sí porque no va a ser la estructura empírica es una estructura empírica no hay imposibilidad ninguna así

pero es una estructura empírica y qué quiere decir empírica a que conocemos por la experiencia yo conozco la estructura empírica que tienen ustedes y que tengo yo porque lo veo lo toco lo oigo porque tengo experiencia de ello yo no puedo estar seguro de si es posible la vida humana con otra estructura empírica hasta que tenga experiencia de ella le pertenece por tanto la inseguridad le pertenece la incertidumbre por razones intrínsecas es razonable es racional es plausible es verosímil está postulado por la condición de la vida humana biográfica sí, pero como se trata de una estructura empírica habrá que esperar a tener experiencia de ello

La incertidumbre es insuperable. Ah, en el orden teórico, en el orden intelectual, yo puedo tener certidumbre por otras fuentes, o por ejemplo puedo tener certidumbre de fe. Ah, eso

es perfectamente legítimo en su orden. No intelectualmente, no filosóficamente. Y naturalmente todavía menos puedo tener certidumbre de la mortalidad, no faltaba más. Pero hay un elemento de incertidumbre que acompaña inexorablemente a la consideración antropológica de la muerte. Y justamente en esa distensión consiste el carácter dramático que tiene la vida humana. Pero interesante.

Intentemos una consideración final. Intentemos instalarnos provisionalmente y como hipótesis en la perspectiva de la inmortalidad. Supongamos que el hombre es inmortal, efectivamente. Que hay una posibilidad de vida tras la muerte con otra estructura empírica. ¿Qué pasa entonces? Entonces se vuelve problemática esta vida. ¿Para qué? ¿Para qué esta vida? No podría Dios habernos puesto ya en el paraíso de una buena vez y ahorrarnos todas estas dificultades y todas estas dudas y todas estas inquietud hombres. Ustedes saben que a veces se habla de que Dios nos ha puesto aquí como prueba. No me gusta la idea, me parece un poco... Me parece un poco mezquina.

Hay otra razón mucho más fuerte. Es que si Dios nos hubiera creado y nos hubiera puesto en el paraíso, hubiera creado otra cosa. No el hombre. El hombre es una realidad que hace su vida. Tiene que hacerla. La vida le es dada, como dice Ortega, pero no le es dada hecha. Le es dada como que hacer. La tiene que hacer. Yo tengo que elegir, no lo que soy, eso no lo elijo, tengo que elegir quién soy. Y en eso consiste justamente la vida humana. Una realidad puesta en el paraíso ya no sería el hombre, sería otra cosa. Yo elijo, elijo en esta vida, el que quiero ser siempre. Lo cual, claro está, le da una repentina gravedad.

a esta vida, si es así. Porque resulta que nos estamos condenando a ser siempre lo que queremos, lo que hemos querido. A veces da miedo, ¿no? La idea de ser siempre lo que estamos queriendo ser aquí. Hay un pasaje del Evangelio en que dice que se dará cuenta hasta de una cucharada de agua y de una palabra ociosa. Da mucho que pensar. Es preocupante. Ustedes piensen que la vida, tal vez la vida que llevamos aquí no sea muy presentable. Tal vez la única ventaja es que va pasando. ¿Y si nos condenamos a ser siempre eso que hemos querido? La cosa parece de bastante gravedad. Y entonces esto daría una importancia, daría un alcance. ¿Qué es lo que se puede hacer? ¿Qué es lo que se puede hacer?

Daría una gravedad a todo, inesperada. Vivimos angustiados por la fugacidad de todo. Todo se va, todo pasa, todo se escapa. ¿Y si fuera al revés? ¿Y si no se escapara nada? ¿Y si todo perdurara? Y si resulta que el hombre se elige a sí mismo para siempre. Hay un verso del 10-ire que siempre me ha interesado mucho. Yudex ergo cum se devit, quid latet aparevit. Cuando el juez se siente, todo lo oculto aparecerá. Todo lo que hemos hecho se manifestará.

Todo lo que hemos querido de verdad será. Es grave, es enormemente grave. Es decir, eso que nos angustiaba, la fugacidad, está ahora amenazada inesperadamente con un para siempre. Y entonces, en esta perspectiva, se puede uno preguntar qué cosas interesan de verdad. Terminaba yo mi libro, ese libro tantas veces citado, con estas palabras. Aquellas frente a las cuales la muerte no es una objeción. Aquellas a las cuales digo radicalmente, se me ha ido la muerte. Y sí, con las cuales me proyecto, porque las deseo y las quiero para siempre, ya que sin ellas no puedo ser verdaderamente.

Muchas gracias.